

SONES, TAÑIDOS Y CLAMORES EN LA LORCA RENACENTISTA

P O R

JUAN GUIRAO GARCIA

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Alfonso X el Sabio,

Ilmos. Señores Académicos,

Señoras y Señores,

Sinceramente confieso que nunca como en estos momentos he sentido tan vivo, tan franco, tan intenso y emocionado deseo de expresar públicamente mi gratitud. La Academia Alfonso X el Sabio quiso en su día incorporarme a sus elevadas tareas en defensa de la cultura murciana y lo hizo con toda la afable magnanimidad de un corazón generoso. Sé con certeza —y fundadas razones así lo avalan— que primaron para tal elección más sentimientos de estima hacia quien les habla que méritos garantes que yo pudiera ofertar. Prueba manifiesta de cuanto digo ha sido la benevolente paciencia con que ha aguardado, tras dilatadísima tardanza por mi parte, el cumplimiento preceptivo de mi discurso de ingreso. A su ilustre y dignísimo Presidente y Director D. Juan Torres Fontes, a la Academia toda, quiero manifestar mi agradecimiento reconocido, mi afán de correspondencia, mi obligación y compromiso de cumplir con el honor y responsabilidad que me han confiado.

Y gracias también en nombre de Lorca. A las personalidades singulares de lorquinos compañeros en la Academia —nuestro universal Narciso Yepes; el muy apreciado amigo Manuel Muñoz Barberán, pintor e investigador, maestro en todo; a nuestro geógrafo Prof. Francisco Calvo García-

Tornel— se ha querido unir la mía, pensando, sin duda, más en mi amor por esta ciudad que en mi modesta dedicación a ella. Lorca, pues, está hoy un poco más representada en esta docta Institución. Gracias en nombre de Lorca.

Quisiera en este momento tan señalado para mí evocar la ausente presencia —para muchos perenne e inmarcesible— de tres extraordinarios miembros de nuestra Corporación que en coyunturas distintas me dispensaron consejo y enseñanza. Hablo de don Mariano Baquero Goyanes, de su espiritual elegancia, de su exquisita y sensible medida, de su fino discernimiento. Hablo de Alberto Colao, de su estoica lucidez, de su íntegra fortaleza, de su clarividente laborear junto a la adversidad. Hablo, en fin, de Paco Alemán Sainz, grande en su creatividad cotidiana, fértil ingenio dotado como ninguno para abarcar la sutileza de lo fugaz, de lo inaprehensible, sencillo y cordial siempre. Cumpla así —memoria y recuerdo en voz alta— con una deuda antigua de expresar hacia ellos mi admiración y correspondencia que hubiera querido compartir hoy en su compañía.

Y permítanme ahora una breve y enternecida mención hacia un ser muy querido que entrañablemente deseaba oírme en este día significativo e importante. La voluntad divina dispuso hace seis meses que no pudiese alcanzarlo. Hablo de mi padre, espejo siempre vivo para mí de trabajo y probidad. Hombre esencialmente bueno. Buen esposo, buen padre, buen ciudadano. Con muy honda y latente emoción le dedico públicamente mi filial recuerdo.

Hace ahora veinticinco años, en un verano largo, interminable, con todos los tonos dorados de los estíos lorquinos que adormecen aún más el tiempo, un adolescente ávido de lecturas encontró en un olvidado rincón de una desvencijada biblioteca un libro que —sin saberlo, sin intuirlo siquiera entonces— marcaría su vida. Aquel libro se llamaba «Artistas y artífices levantinos». Y aquel joven lector descubrió su propia ciudad, su pasado, una vocación. Quiero testimoniar ahora, aquí, mi agradecimiento a la gran figura de don Joaquín Espín Rael, historiador, también Académico de la de Alfonso X, que me descubrió con su libro tantos secretos de nuestro ayer en la investigación artística. A su memoria, a su labor impagable de ordenación y conservación de nuestro Archivo Municipal, quiero dedicar esta disertación, cuyo título tal vez hiciera sonreír a nuestro ilustre cronista.

SONES, TAÑIDOS Y CLAMORES EN LA LORCA RENACENTISTA

«Nemo propheta in patria sua». Y nos ceñimos a esta experimentada sentencia acatando, de principio, cuanto implica el saber de antemano

que lo que adelante se diga no sorprenderá o maravillará a quienes con paciente atención se decidan a escucharla. Los lorquinos conocemos mucho —todo— de sones, tañidos y clamores cada Viernes Santo que amanece. Y de otros múltiples sonidos cotidianos, a lo largo del tiempo, en nuestra ciudad. Pero yo pretendo algo bien distinto. Otra es la finalidad que intento. Porque en mi tarea profesional, entre las páginas mudas de documentos diariamente contemplados, he oído otras resonancias y ecos, un murmullo evocador de pretéritos sucesos, rumorosas cuentas de rosario sin fin que hablan de mínimas historias gesticulantes, casi siempre roncas y ásperas, de actitudes de vida donde la turbulencia y el estrépito, el grito, el gemido, el tono chirriante nos golpea la atención y nos detenemos a escucharle. Y aquí van algunos fragmentos de cuanto he oído.

EL RUAR BULLICIOSO

¿Qué se oye en la ciudad, en Lorca, hace cuatrocientos años? Si paseamos por sus calles —la Cava, Zapatería, Parrica, la larga Corredera— será el hervidero de los oficios, de artesanos que trabajan —siempre puertas abiertas— con sonoridades múltiples y distintas: el chasqueteo de las tijeras cortando el pelo del paño de los tundidores, los mazos de madera machacando la lana de los bataneros, los fuelles, machos, yunques, tajaderas y martillos de los herreros, el rasguñar de los odreros cosiendo el cuero para las botas de aceite; los de los toneleros que hacen cubas para el vino con sus ceños «de azenbuche clabados y tarugados», el golpetear de los alpargateros y zurradores, el sonido del agua de los tintoreros, el sonido del fuego de herradores y vidrieros, el del metal de los armeros, el de la tierra de los cantareros, ladrilleros y salitreros, el sonido, en fin, de los tejedores, de los aibarderos, curtidores, hiladores de seda, caldereros... y tantos otros.

Pero en la calle se producen otros sones, voces con tonos distintos, con acentos extraños incluso. Voces andaluzas de los mercaderes de Ubeda y Baeza que comercian en corambre y tocas. Voces extranjeras —tudescas, flamencas— de pintores que vienen y viven en la ciudad como Guillemme Ollivier y Artus Brant. Y junto al estruendo de los carros que transportan madera —ripias, colañas, jácenas; de nogal para el mueble rico, de pino enjuto y curado para retablos y enseres del hogar, de morera para rejas— que vienen de Moratalla, de Caravaca, de Puebla de don Fadrique, allá por Huéscar del reino de Granada, la dulce habla de los comerciantes genoveses —Esteban de Forne, Nicolao Ordano, Gerónimo Rosso, Nicolao Natarelo— tanto tiempo aquí avecindados. Hay voces grotescas como la de esos esclavos «bozales» negros traídos de

Guinea y comprados en el puerto de Cartagena. Si pasamos ante San Patricio otro dejo y entonación nos hará volver la mirada. Son los canteros vascos trabajando la piedra —debastándola, labrándola— para la obra de la Iglesia, esa piedra traída de la Belica, del Angosto del río, de junto a San Lázaro. Se llaman Lorenzo de Goenaga y sus sobrinos Martín de Loy y Andrés de Arizeta, de Durango; Maestre Lope de Ocaraztiguí, oriundo de Ataun, cerca de Tolosa; Maestre Domingo de Placencia, de Eibar; Juan de Ormazá; Domingo de Aguirre; Andrés de Suniega; Maestre Pedro de Azpeitia; Juanes de Bajaneta; Cristóbal de Ançisar, de Villafrañca; Juancho de Leyzarán; Julián de Lamiquez, del concejo de Mendata; Jerónimo de Urreta; Cosme de Galarraja; Juan Bautista Barrenas, que era un hombre «de mediano cuerpo, con una señal de herida ençima de la cexa drª, barbicastaño»; Diego de Villabona, Juan de Salinas... Desde la cárcel cercana, tras los muros, llega un como susurro de cadenas y grilletes que se arrastran y golpean, de arropeas y pierdeamigos, quizás el más retumbante sea el de la gruesa cuerda de hierro a la que los presos llaman «Sancha la gorda». Más abajo, en la plaza, el chasquido de los cántaros al percutir en el agua y piedra de la Fuente, entre la parlería de las mujeres que a ella acuden, «que las mujeres no saben callar cosa, aunque sea la caca, el coco y el cuco». Pasado Santiago, hacia San Cristóbal —arrabal también de laboriosos y modestos sonidos— el ruido de los molinos en el río, los bélicos sonos y ayes de los descalabrados muchachos que andan de pedreas, el grito del vencedor que juega a tirar la barra, los bolos, las argollas, el de los apasionados y semiescondidos jugadores de naipes retozadores que juegan a «las pintas», «a quinolas» a los de «enquentro» como aquel en que «viniendo primero la carta que nonbrava quando voívia el naype ganava el que le tenía».

Si volvemos al centro por otras calles las voces se tornan lastimeras y adoloridas. Mendigos junto a las Puertas de San Ginés y la Palma, el ciego que reza ante la casa de la viuda de Gonzalo Baço porque le paga dos reales al mes por entonar sus oraciones, el alarido terrible de Don Martín de Lorita, el loco. Martín de Lorita «padece enfermedad de locura y está fuera de su juicio y entendimiento natural». Ha matado a un paje-cillo —Gracián Navarro— arrojándole un plato de peltre a la cabeza. «No sale de su casa ni contrata con persona alguna en la plaça desta cibdad ni sale a ella ny va a misa sino questa encerrado y no ay quien le ose hablar... el trigo que sus pastores an de llevar a su hazienda lo tiene fuera de su casa por qel hatero que viene por el no osa entrar en la casa del dho martin de lorita de miedo que el suso dho no le haga algun mal tratamiento... se a tractado entre sus deudos y hermano que le echasen en un brete por que parase de la furia que tiene y por ser persona

de calidad no se an determinado de hazello por no dar que dezir a las gentes... ny osan yr a su casa a visitallo ni hablalle la menor cosa del mundo por estar fuera de su juizio natural y muy robusto que no tiene quenta con nada mas de comer y estarse encerrado». Vive don Martin el loco en una casa que ha trazado el Maestro Mayor Jerónimo Quijano; los capiteles de las estriadas pilastras de su puerta están formados por dobles mascarones que tienen la trágica mirada de un dios que ve, al mismo tiempo, el pasado y el futuro.

Quedan todavía sonos callejeros que atender: el de los mercaderes en sus tiendas y boticas, el de los mesones y paradores, el de la mancebía donde está María Flores llamada «la Gallarda», el casi imperceptible de cambiar en cada casa los zarzos del gusano de seda cuyo impertinente modo de criarse nos detallará —dos siglos después— el Padre Morote: «¿Qué delicadezas no se observan en sacar a luz un gusanillo de seda? ¿Qué cuidados y desvelos en guardarles de los ayres, de los fríos y de los bochornos? Los truenos los asustan, los olores los desmayan, las tempestades los tuerzen, y con solo un zebo que a su acostumbrado regalo les falte, perecen y pierden a su dueño»; el de los que van o vienen de la caza de conejos, como Diego de Alarcón, con su perra nombrada «Chusca», «pequeña de cuerpo byen hecha mas rezia de m.^o adelante que de m.^o atras su pelo sedeno q tira amarillo con una lista blanca en el pescueço a manera de collar mas blanca q no el pelo del cuerpo».

De vuelta a la Plaza —siempre la brújula de la ciudad— el pregonero Gaspar de Vergara da lectura, en altas voces, a una carta del Sto. Oficio de la Inquisición de Murcia anunciando que «el domingo q se contaran seis del q viene esta acordado celebrar auto de la fee, dase notiçia dello a v.m. para que como tan catolicos cristianos den el calor neçesario a tan santa obra» —los nombres de Gonzalo Setien, Francisco Crespo, Hernández de Arias, Grimaldos, Frances Marín, Catalina Berrios, serán cuchicheados entre los oyentes—, que da paso a Gonzalo Torrecilla, corredor público que inicia la puja en almoneda de un solar perteneciente a los Peñaranda —que han quedado huérfanos— gritando «que todas y qualesquier personas que quisyeren dezir o pujar en el dho solar que paresciesen y diesen la puja que les convinyese por quanto el remate del avia de ser esta tarde a la hora que se lo mandasen rematar e asy paseandose por la plaça desta dha cibdad muchas y dibersas veces diziendo treyn-ta y tres ducados me dan por el dho solar fiado por un año ay quien lo puge ay quien de mas que se remata y ansy andubo el dho solar en torno de almoneda mucho tiempo e luego el dho corredor dixo paseandose por la dha plaça a la una a las dos que apercibo remate ay quien lo puge como no parecio persona que mas diese dixo a la una a las dos a la

tercera que buena paz le hiziese al dho gonzalo giner escrivano». Pero otra subasta parece ser más sonada. Juan Felices Duque, tesorero en Lorca de las Rentas Reales, ha caído ya tiempo en bancarrota. No le queda un maravedí y deben arrastrar la deuda sus fiadores. Se suceden intentos de cobro a unos y a otros. Al fin se consigue parte del dinero que debe al Rey: seiscientos y sesenta y seis mil y seiscientos dos maravedies. El Juez de comisión por su Majestad es un hombre aparentemente inflexible. Ha de ejecutar bienes y haciendas. Es una misión dura, hostil, ingrata. Tiene la mirada entre severa y triste, el cabello gris, la nariz larga, un rictus amargo en la boca. Pasado algún tiempo escribirá un libro, espejo de desengaños, con el subtítulo de «Atalaya de la vida humana» en que contará la vida de un pícaro llamado Guzmán de Alfarache. El Juez de Comisión se llama Mateo Alemán.

LOS SONOROS BRONCES

Mas los sonidos que mejor conocen e identifican todos los lorquinos —sean de la calle, parroquia o vecindad que fueren— son los vibrantes que se esparcen desde campanarios y espadañas en el aire azul y purísimo de la ciudad. Repiqueteos, rebatos, repiques, dobles... Y suenan siempre. Al alba, en la noche, mientras el sol alumbra. Las campanas tienen nombres propios: «la tercerica», «la Nuestra Señora del Rosario», la de «la vela», «la Santa Agueda»... Esta, en la Iglesia de San Juan, es tocada toda la noche del cinco de febrero de cada año. El Concejo paga puntualmente a quien la tañe para que la Santa «ruegue a Dios q ynpida la piedra y tenpesta que algunas bezes face donde se apedrea e daña la uba y la otra fruta e ansi mismo en todos los nublados que fizieren todo el berano que la dha piedra suele caer». También hay pequeñas campanas andariegas, deambulantes, como las de «las animas de purgatorio» que suenan por las calles de noche y al alba. Las campanas son el alfa y omega sonoro de la vida diaria. Tanto se gastan y quiebran que, de tiempo en tiempo, se han de hacer de nuevo trayéndolas desde Murcia por los maestros Juan Vázquez de Olmedo y Gonzalo de Torres. A veces los maestros campaneros —venidos de más lejos como Andrés Martínez, vecino de Granada, Ginés Payá y Gaspar de Berenguer, de Orihuela, y hasta de Argamasilla de Alba como Andrés de Cigujano—, tendrán que hacerlas aquí dándoles los conventos y clérigos el metal «de yngalaterra», la leña y el carbón, el yeso, torno, maromas, sogas, andamios para subirlas y enejarlas, amén de comer y beber el tiempo que emplearen en su estada. Todas se contratan con tal de que «sean buenas y de buen talle y de buen son y voces y enteras syn falta de asas ni otra cosa que les conbenga». Pero si en el tiempo de un año se quebraren los mismos maestros que

las moldearon y laboraron tendrán que hacerlas de nuevo a su propia costa.

Cada día la campana —de San Pedro, de Santa María, de San Mateo— toca el fatídico doble de la muerte. Ese treno, con algo de gemido pausado, de sollozo y llanto, avisa la marcha de un conciudadano «al lugar de los muchos». Y comienzan otros sonidos: las deprecaciones, los ayes, los suspiros, los lloros de los que plañen. En estos casos nunca se impone el silencio salvo el del propio difunto. Sólo una vez, porque así lo manda para su entierro Alonso de Leiva el viejo, ordenándolo en su testamento: «Otrosi dexo e mando q al doble las canpanas por mi siendo muerto asi antes q se lleve mi cuerpo a enterrar como llevandolo a enterrar en todo lo q se obiere de doblar sea una campana sola la sog a otra a sus tiempos dando en la dha canpana sin sog a como antiguamente se solia hazer e no se doble por mi de ninguna manera a clamor como agora se haze dando badaxadas muy a espacio... Otro si quiero e mando q llevando mi cuerpo de mi cassa a la yglesia no aya ni se faga parada ninguna e se diga responso para el cuerpo sino yendo de camino sin parar en la calle ni canton ninguno e los clerigos e religiosos vayan diziendo el oficio e respuestas que suelen... encargo e mando a los dhos mis caveçaleros e erederos e religiosos q no consientan yr con mi cuerpo mugeres ningunas parientas ni estrañas ni vaya ninguna persona llorando tras de mi cuerpo e en la dicha iglesia durante el oficio ni al enterrar an de llorar a boz alta e pido y encargo q asi se faga y no consientan llorar a nadie y si alguna persona quisiere llorar como dho es q pare el oficio e no procedan en el hasta q callen para q solamente se diga e se cante el dho oficio divino sin enpedimiento ninguno...».

LA ALEGRE ALGARABIA

En ningún otro lugar del reino se oye tanta algarabía. Lorca anda hasta en refranes por ello. Recordemos que la primera acepción de este vocablo es la de «lengua árabe». Todo lorquino la sabe. Cada dos por tres los alguaciles delatan y persiguen a quienes en el mercado, en los poyos de la Plaza, en el barrio de San Juan poblado de moriscos, hablan esta lengua ya proscrita desde hace medio siglo. Las multas no son desdénables y así aparecen en los libros de penas y condenaciones del Concejo. Otras muchas veces los alguaciles —hay que vivir bienquisto en la ciudad— darán oídos sordos a este malhadado resabio de platicar en plena calle en arábigo. Pero algarabía también significa esa grito confusa y alegre de las fiestas. Y en Lorca las hay cada día del Corpus con el sonido tintineante de los cascabeles que llevan diablos y danzantes, con el estrépito de cohetes y atabales, de trompetas y disparos de pólvora de los arcabu-

ceros, el espasmódico trueno de los tirillos desde la torre del Reloj, el de las gaitas y dulzainas, el de los bailes de los granadinos, gitanos, morenos, el de los farseros y comediantes que hacen autillos, el de los infantiles de Coro de San Patricio con las chanzonetas bien aprendidas del Maestro de Capilla, el serpentante de madera de la tarasca, el de los cuatro gigantes, el de los pequeños órganos portados desde San Francisco... para acabar con el argentino de las campanillas que anticipa ese rumor más sordo del golpear de las barras del Palio del Sto. Sacramento regalado por el Concejo a la Colegial, que es «de damasco carmesí y con dos escudos hechos de brosladura por el orden de los del pendón que tiene esta ciudad» entre la dulce y picante música de la chirimia, el contralto, el sacabuche y la corneta de los ministriles. Después del mediodía será el bramido de los toros encerrados, la grito al salir a la Plaza, el crujir de los tablados y barreras, los vítores y alaridos, la estruendosa escandalera mientras los caballeros se preparan para el juego de Pero Palo o de cañas. No digamos si la fiesta es de moros y cristianos, cuando se mandan traer para la diversión —para mayor algarabía— a los moriscos de Antas o de cualquier pueblo blanco almeriense que hacen el «zalá» y el «moro santo» entre chanzas y risadas. La barahunda, el bullicio, el rugido, el estrépito final de los fuegos de artificio, el de tambores y cajas atronando la ciudad, que sólo los sordos no se enteran de nada y aún eso es dudoso.

LOS GRITOS MUDOS Y LEJANOS

Hay también gritos sofocados, enmudecidos, casi imperceptibles incluso para los que pasan junto a las tapias y muros del Convento de Santa Ana y Magdalena. Son las voces lamentosas, los sollozos entrecortados de las monjas que están muriendo de hambre tras las rejas de su clausura. Hasta siete años que el agua no cae del cielo, en que la tierra estéril y yerma se despuebla, en que todo se ha vendido o no hay quien compre, en que cientos de familias —a pie, en carreta— emprenden todos los caminos como huyendo del apocalíptico jinete que cabalga con un silbido horrible por las vacías calles de la ciudad. Es el grito de estas pobres mujeres encerradas tras la araña negra del locutorio ante el escribano que toma declaración para enviar a S. M. el Católico don Felipe. Porque ya nadie les hace limosna ni les compra sus costuras y labores, sus paños y estameñas hechas con sus manos, ni los parientes ni deudos pueden socorrerle. El grito desgarrador del hambre, la boca pegada a la encalada pared, los inconvencibles hierros de las cancelas cerradas para siempre.

Otros gritos llegan desde muy lejos, de allende el mar, a la ciudad.

Son los de los cautivos en Argel, en Berbería, apresados en la marina de Lorca, suplicando mediante cartas por su rescate. Son relatos que nos conmueven quizás por su dejo cervantino, increíbles testimonios si no estuvieran certificados tan documentalmente. «Yo joan vidal valenciano natural de vistavella maestrado de muntesa esclavo en el cautiverio de mamy vaxan renegado de asam baxa hago fe y testigo juntamente con los sotaescritos aver conozido a Pedro serrano español natural de la ciudad de Lorca en esta esclavitud de hedad de catorçe años poco mas o menos por la qual le avemos myrado pasar muy muchos y ynfinitos travaxos y açotes y otros muchos travaxos por hacerlo convertir a su seta maldita pero el como a verdadero y fiel cristiano jamas desconfiado de la mysericordia del señor sufriendo aquestos travaxos y otros arisgando por esta ocasion a vuscar la libertad muchas vezes con mucho peligro de la vida pero no siendo dios servido nunca la alcanzado primero y prinçipal quando asan vaxa estava rrey desta ciudad de tripol entre cristianos se hizo conçierto de que suerte nos podriamos alçar y tomar aquesta tierra y allamos la mejor comodidad del mundo y sin peiigro alguno pero fuemos descubiertos por un trasleyo en la qual jornada se mostro como valeroso ombre en proveher con armas y convatir por su persona entrando conva-tiendo en el palacio del dho asan vaja por ganar una caja de armas y el dho pedro serrano ffue herido de una simitarra en el braço siniestro de la qual herida a quedado estropeado y por aquesta ocasion a estado a punto de ser muerto con otros que fueron quien enpalado quien desolado y al fin con muchos palos y otros tormentos se libro sienpre negando que no se hallo fuera con los otros xpianos y desde aquella ora sienpre a estado malquisto e maltratado fasta ques muerto el dho asan vaxa por ende esta vendido a un renegado ginoves el qual en su poder sienpre a estado peor tratado e por este mal tratamiento concerto de huyrse con otros esclavos y pillar una fragata pero fueron descubiertos por un franzes a el ql dieron la libertad y a el dho pedro serrano le dieron quios açotes y cada dia amenazandole que se rescatase sino que lo avian de abusar e por esto entre xpianos concertamos de cortarlo mandandolo a esa ciudad de argel entendiendo de la venida de aquesa santa limosna e no desconfiando de todas vuestras señorias que un onbre como este no se dexara por ningun dinero quantos esclavos ay en este cautiverio confiamos de la livertad deste onbre e por ser verdad todo lo sobredho firmo yo Ju° vidal valençiano testigo de vista. yo antonio mongual espalder de vanda derecha esclavo de el año de la armada firmo de mi mano ser verdad lo sobredho. yo joan Iacomo napolitano espalder de vanda siniestra digo es verdad lo sobredho. yo antonio de meruela espalder firmo ser verdad lo sobrecho. yo frare joan español firmo ser verdad lo sobredho...

PARLOTEO ESCANDALOSO

Sin pretender una aseveración categórica nos parece que la mujer lorquina no fue entonces —y menos en el presente— algarera, de charlatanería ruidosa, de esas que sólo callan lo que no han sabido. En modo alguno. Bien podría acudir ahora este aprendiz de cronista a alguna cita antigua de tales tachas en desdoro y mengua de las cuitadas mujeres. Nunca tal. Andaba errado y sin equidad aquel autor de la Pícara Justina cuando escribía acerca del desordenado deseo de las mujeres en comunicarse. Digo de aquello de «parlar de gana, aunque sea con serpientes, como quiera que tengan cara y hablen gordo, echar la culpa al diablo de lo que peca la carne...». Sólo rara vez en aquella Lorca que evocamos algún ligero exceso verbal podría parecerse al sonido del escándalo. Ejemplillo hay: «Polonia Martinez viuda de Antón Ximenez y Ana Ximenez su hija vecinas de esta ciudad en la Parroquia de San Juan dijeron que por cuanto muchas personas de su calle y barrio y fuera del se han querellado dellas ante la Justicia Ordinaria desta Ciudad en razón de decir que con sus lenguas maltrataban el honor de muchas personas de todos estados de lo cual se seguía notable escandalo y daño no solo en la vecindad sino fuera della habiendo recibido dello información se proveyo auto en que la Justicia desta Ciudad les condenaba en ciertas penas pecuniarias y corporales si en manera alguna decian las dhas palabras de deshonor contra alguna persona de cualquier estado calidad y condicion que sea y que dentro de cierto termino desocupasen las casas de su morada que tienen en la dha colacion y salgan a vivir fuera della... se obligaron la dha madre e hija que ahora ni en tiempo alguno no diran ni haran cosa que sea en daño y perjuicio de qualesquier persona principalmente eclesiastica y que si algunas palabras han dicho contra el honor de alguna persona principalmente contra el licenciado Martin Blazquez Alcaraz presbitero cura de Sta Maria serían con colera y enojo y porque le han querido y quieren mal inducidas de algunas personas que para ello les han ayudado e incitado de que le tienen enemistad capital y no porque padeciese los defectos que le decían, antes en realidad de verdad le tienen por sacerdote de buena vida y exemplo y que cumple como debe con la obligacion de su oficio de cura...». Raro caso, pequeño lunar que no empaña la sosegada y honesta charla de las lorquinas. Porque, en verdad, los que sí denigran, detractan, murmuran y son chismosos, calumniadores y juzgamundos son los varones. Al cura de San Patricio Clemente Pallares ciertos regidores y mercaderes le acusan «con poco temor de Dios y osadia temeraria» de cometer el pecado nefando con Miguel de Oloriz Navarro, escribano mayor del Ayuntamiento. Cristóbal Martínez, criado del clérigo Juan de Vera, le dice a este «que el sabia como maria losilla hija de gonzalo

hernandez estava perdida y corrompida»; luego tendrá que desdecirse «porque en efecto el no sabe en manera alguna que contra la dha maria losilla se pueda dezir cosa ninguna que perjudique a su honra e que al tiempo que dixo las dhas palabras contra la honra de maria losilla el estava fuera de su juizio y entendimiento natural». Claro ejemplo de enajenación mental transitoria. Peor le sucede a Andrés Pinar al que la broma le costó tan cara como un matrimonio, porque después «de aver dho e jactandose aver tenido aceso carnal con Catalina Hernandez», ante seis testigos y escribano es obligado a declarar «que la dha Catalina Hernandez es y la tiene por muger muy honrada e de honrados padres y de buena casta y qualquiera persona q aya dho alguna cosa de ynfamia contra ella q miente y no dize verdad por q la tiene por donzella y honrada muger y q sy el dixo alguna palabra acerca dello q lo dixo por casarse con ella». Y lo casaron. Catalina Jiménez, viuda de Juan Moreno de Tudela, tiene que nombrar procurador que le defienda ante el Obispo y el Provisor de la diócesis porque lenguas caritativas le han acusado «diciendo estar amancevada con Tomas ponze clerigo». En fin, que son sólo hombres los ruines que bellacamente propalan baldones y vituperios.

BATIENDO EL ACERO

Aun muy mejor que la escandalosa calumnia se da en el lorquino otra cualidad más sugestivamente sonora: la de matachín —vocablo por cierto aún usado en esta tierra aunque por succulentas y apetecibles causas—. El matachín es hombre dado a todos los violentos sonidos de las riñas, matracas, pependencias, jeringantes gatazos... «Hombres ynquietos y desasossegados», «de condicion rrigurosa yncclinada a nobedades» topando siempre «con ocasiones de muncho ruido y pesadumbres». Cada día un irascible, malsufrido, impaciente, picajoso y enojadizo lorquino puede convertirse en un desuellacaras acreditado. La antigua condición guerrera y heroica de un pasado militar lleno de hazañas, se vuelve —dentro de nuestras propias murallas— extremosa, disparada, irracional. Con el sobresalto del rayo salen dagas, espadas, puñales, estoques y toda arma que alerte el clarín del grito. Estos mozos de chapa, serafines arrolanados de mala digestión, que no precisan de batería para cuchilladas —no en vano San Jorge, Perseo cristiano, está en la Colegiata—, por sí o en cuadrilla andan siempre dispuestos a dar favor y ayuda donde rechinan los aceros. Y a veces en forma de asonada, de confuso motín ante la misma justicia.

«Sepase como yo Juan de Elorregui alguacil de la ciudad de Lorca digo que por cuanto teniendo yo mandamiento del Sr. Licenciado Pedro de Estrada alcalde mayor de esta ciudad como tal alguacil para prender a

Luis Ponce de Leon hijo de Ramon Ponce vecino de esta dha ciudad sobre ser culpado en haber tomado por fuerza una mujer casada a su marido llevandole desde esta dha ciudad a la ciudad de Murcia en un carro y sobre haber cometido otros delitos y teniendoie cercado yo y otro alguacil de esta dha ciudad para le prender el susodicho con animo diabolico de me matar porque le quise prender me dió una cuchillada por la cara de que me cortó cuero y carne y me dieron cinco puntos y otra en la mano a traición y alevosamente y dende a ciertos dias el alguacil de esta dha Ciudad queriendo prender al dho Luis Ponce le corrio y se le metio en la Iglesia de Santa Maria de esta dha ciudad donde por mandado del dho señor alcalde mayor le fue puesto guardia de gente y estando así cercados el dho Luis Ponce y otros delincuentes en una noche de este mes de abril que se contaron trece dias Juan Ponce de Leon hermano del dho Luis Ponce y Gines Monfil y Martin de Henares y otros mas de sesenta hombres vecinos desta dha ciudad a la media noche fueron a la dha Iglesia todos armados con arcabuces y mechas encendidas y ballestas lanzas montantes y alabardas y otras armas ofensivas y defensivas de manera de asonada de guerra con grande soberbia y alteración y por fuerza contra la voluntad de los alguaciles y gentes que estaban en guarda de ellos tirándoles de arcabuces y saetas y botes de lanzas los sacaron y llevaron y los pusieron en libertad y hirieron a otro alguacil de otra cuchillada en la cabeza y le quebraron la vara y hirieron otros guardas e hicieron y cometieron otros delitos atroces dignos de gran punicion...». Toda la crueldad del odio se hermana a la saña mas sangrienta. No debe ser esta una cronica de sucesos criminosos, de atrocidades innumerables. Por la ciudad, en sus calles y cercanías, se oirá —día y noche— el grito, el eco del grito del malherido, del acuchillado, la resonancia horrisona de las últimas palabras en alarido interminable. El ruido de las armas en desafíos, riñas y pendencias no abandonará nunca el aire de la ciudad. O quizás demasiadamente tarde en nuestra historia.

MERCANTE VOCINGLERIA

Los jueves, día de mercado franco, el aire se puebla de nuevas voces gritadoras y reclamantes. En la Plaza de Arriba —la de las Barandillas— y en la de Afuera o Mayor, tenderetes y puestos van esparciéndose muy de mañana ofreciendo mercaderías de todo género, clase y precio. Allí los que vocean y venden rosarios, simiente de seda, zumaque para curtir, turrón blanco, garbillos, tijeras, arrope, lienzo, hoces y horcas, espartañas, caracoles, bonetes, esteras, miel, vinagre, jubones, almendras, costales, alpargatas, escobas, manteles, vino blanco y carlón, pimienta, sombreros de palma, esteras, pellejos de becerro, trigo, yeso, ollas, guantes,

cordelates, artesas, herraduras, sargas de seda, pasas... Allí el gruñir de marranchones y primales, el balar de cabras, ovejas y corderos, el relinchar de yeguas y rocines, el mugir de bueyes, el rebuznar de asnos que llevan trujamanes aconsejadores en el trueque y la avenencia. Allí los que venden raíces de granza o rubia para tintar de rojo y las de la gualda para teñir de amarillo. Allí los buhoneros que dan harto barata toda suerte de mercería —trencillas, agujas, galones, cintas— y primorosos estuches de arreboleras. Allí los que trajinan buscando granjería con la venta de aceite, cañamones, matahuga, arroz, lino, estameñas, hurones para la caza, alfombras, confites, sal, vidriado blanco, sartenes, canela, alumbre, chapines, corales, lana, pan de higo, espadas, barrilla, sábanas, candelas, garbanzos torrados, sayos, cebada, almohadas, calzas, azafrán, cedazos, calderas, botas, queso, guadameciles, jabón blanco, cueros y cordobanes... En la Plaza de Adentro —la del Caño— las voces de hortelanos y regatones que pregonan las frutas y frutos de la tierra: brevas, nabos, «albercoques», ciruelas, níssoles, bellotas, membrillos, coles, granadas, melones, dátiles, manzanas, berenjenas, castañas, pepinos, uva, peros y peras... A un lado de la Plaza, bajo las arcadas del Pósito —arriba flamea en piedra el escudo del invicto Emperador Carlos— están las Carnescerías. Casi al frente, al otro lado, la Pescadería con la cosecha diaria de la marina de la ciudad. Jerga de los vendimiadores de Neptuno casi indecifrable. Bullente guirigay que inunda la pequeña ágora con las excelencias del «pescado menudo» —lecha, aletría, visol, melba, boga, caramel, salpa, gerla, jorel— y el «pescado grueso» —bonito, pagel, salmonete, calamar, palometa, oblada, espetón, dentol—... Sólo al caer la tarde el mercantil sonido de estas plazas irá como adormeciéndose. Con los últimos rayos del sol tal vez quede únicamente señoreando el aire el de golondrinas sedientas rasgando el cielo con su buido grito de locos suicidas.

¿Qué fue de todos aquellos sonos y clamores? No quisiera terminar con nostalgias manriqueñas, con un treno imposible por lo que, sin duda, no es sino viento fugitivo reflejado en amarillentos papeles que narran nuestra historia menor. Pero de tantos sonidos que fueron sólo reparo hoy —al borde del siglo XXI—, aquí, en Lorca, en el timbre de expresión más suyo, hoy mudo o cuasi enmudecido. «Vivir se va quedando sin campanas», nos dijo un poeta amigo de esta ciudad. Y en esta ciudad ya rara vez oímos el estimulante vibrar, el apresurado y tembloroso, el imponente y circunspecto, el alegre e infantil, el despacioso, lento, lleno, acompañado tañir de las volteadas campanas y esquilonas. Yo rememoro, finalmente a don Joaquín Espín Rael que —oído avizor— sí pudo y supo distinguir las voces y los ecos de cada una. Desde su balcón acristalado,

desde la azotea luminosa, pudo dichosamente conocer el armonioso rodar de las de San Patricio, de aquella «María del Alcázar» —fundida en 1518—, de la «Acelguera», de la «Tercerilla», de la llamada «Virgen», de la «San Clemente»; de la «María de las Mercedes» de San Mateo, de la del «Clero» de Santiago, de la de «los Moros» de San Juan... Y con este recuerdo debo cesar mi discurso que, les aseguro, no ha tenido ninguna pretensión cercana a lo sonoro y campanudo.

He dicho.

DISCURSO DE CONTESTACION
DEL
ILMO. SR. D. MANUEL MUÑOZ BARBERAN

Ilustrísimos señores. Señoras, señores:

He sido designado por esta Academia de Alfonso X el Sabio para contestar al discurso de ingreso en ella de don Juan Guirao García, escritor, investigador, erudito lorquino. Agradezco esta designación y cumplo gustosísimo esta obligada disciplina a que nos invita frecuentemente la ilustre corporación. Gustosísimo, puesto que con el nuevo académico me une esa especie superior de parentesco que suele crear la buena amistad, ayudada, además, del paisanaje.

Trae nuestro excelente amigo Juan Guirao en su discurso, primeramente unas aseveraciones de humildad siempre esperadas. Es cierto que la Academia nos hace un honor, y cierto que siempre tememos que ese honor resulte no del todo ajustado a nuestros méritos. Todos hemos protestado de la desigualdad entre lo concedido y nuestros merecimientos. Tememos que en nuestro caso resulte inexorablemente cierta la casi obligada protesta. Pero, sin otorgar a esta ilustre Academia dotes de infalibilidad, habremos de aceptar que su buen criterio, el buen consejo de tantos, no le permite desaciertos extremos en sus elecciones. Todos hemos, pues, repetido esto del «honor inmerecido» y quizá en muchísimos casos estas palabras humildes hayan comportado una leve sombra de duda que nos permitiera adelantar hasta la recepción de tal premio, de tal nombramiento. Pero en el caso límite de verdad inconcusa en el poco merecimiento, obrar como en el conocido del «Andad delante» de un grande de España a otro de menores títulos, y la respuesta breve del honrado: «Se entienda siempre que por obediencia». Aceptemos que todos estamos dentro de esta Academia por obediencia y con gratitud multiplicada.

Es mi obligación, creo, salir al paso de esas si no justas, lógicas protestas diciendo de nuestro Juan Guirao que quizá uno de sus mayores

méritos consista en ser, como es, persona imprescindible, irremplazable; de estas personas que escapan, naturalmente, a esas frases hechas con las que se intenta describirlas. Persona de conocimientos, generales y especializados, notabilísimos. Quizá por eso haya huído en su discurso de hacer alardes, asombrosos sin duda, de sus conocimientos de la historia regional, sobre todo de la lorquina, refugiándose en un motivo poético, los sonidos, para el que no ha precisado el pie de página documental, o no ha querido ponerlo. Todos hemos adivinado el enorme peso referencial que ha subyacido en sus palabras.

Muchos sabemos que cualquiera de sus abundantes libretitas de apuntes, serviría como andamiaje seguro de un libro perfecto en sus cualidades de interés y erudición. Muchos buenos estudios que andan por ahí, justamente alabados, extremadamente útiles, van agradeciendo préstamos importantes del amplio caudal de Juan Guirao. Sin que eso signifique desdoro para sus autores que, generalmente, han acusado y agradecido la generosa procedencia.

El nuevo académico, que no llegó a conocer a nuestro ilustre don Joaquín Espín Rael, es, seguramente, su más directo —mejor diré—, su más eficaz continuador. Igual a don Joaquín en su amor a la historia local, parecido en sus conocimientos de ella, semejante en la fidelidad y entrega al recinto nada estrecho de esta ciudad que, tanto tiempo, fue clave imprescindible —«*tutíssima clavis*»— de la general historia de estos reinos.

Sabemos todos lo que significó la obra de don Joaquín al frente del Archivo Municipal. Lo que representó, y representa, su gran labor de investigación. Igualmente sabemos todos lo que significa y representa la actual obra de Juan Guirao al frente de nuestros archivos lorquinos, reunidos bajo un mismo techo. Quizá ignoremos esa gran labor diaria de orientación a tantos jóvenes, a tantas personas de todas edades y categorías, que llegan a estos archivos con afán de penetrar en el mundo del pasado que encierran. Personas que no hallan otro medio para ese conocimiento si no es el buen oficio de guía de este hombre conocedor de todos los intrincados caminos de la enorme documentación custodiada, ordenada y conocida por él.

Nuestro nuevo académico dedicó algunos de sus jóvenes años a labores teatrales universitarias en compañía de César Oliva. Y de su mano fueron algunas adaptaciones literarias de obras clásicas. Esas adaptaciones fueron hechas con un perfecto conocimiento de nuestro mejor teatro y las correctísimas y gráciles versiones fueron por todos reconocidas y alabadas por todos. Fueron también esos años de algunas creaciones poéticas, cuando alcanzó premios destacados para sus versos. Todo

drásticamente abandonado cuando el atrayente mundo de la investigación histórica se abrió ante él. Quiero declararme, en parte, culpable de ese abandono.

Fui culpable, efectivamente, al aceptar su ayuda en una labor que me propuse de investigación en Lorca: la vida de un célebre escritor cuyo nombre todos sabéis y que procuro, cuidadosamente, no volver a repetir para no levantar vuestra sonrisa. Ni Juan Guirao ni yo conocíamos la difícilísima criptografía con la que los viejos documentos se defienden de cualquier desenfadada y superficial investigación. Penetrar en ellos, en su lectura y perfecta comprensión, obliga a la humilde y dura disciplina de unos aprendizajes que, como aquellas horcas caudinas, hay que pasar inexorablemente, las cabezas inclinadas muchas horas. Fatigosa empresa que ambos emprendimos y creo que superamos.

En poco tiempo, los adelantos en aquellas muy distintas y complicadas lecturas estaban a favor, claramente, de mi buen compañero. En poco tiempo, documentos que habían escapado a la busca y perspicacia de Escobar Barberán y de Espín Rael —asombrosamente, también de Espín Rael—, eran encontrados y descifrados por Guirao. La busca de documentos en Lorca, quedaba en sus manos, por fortuna. Y así: de ahí, de aquellos ya casi lejanos días, arrancó su labor archivística; en ella continúa y Lorca tendrá, siempre, que agradecerle sus esfuerzos en estos nobles quehaceres de hoy y de todavía largos años.

Nos ha traído Juan Guirao, en los preliminares de su discurso, la memoria indeclinable de unas personas que fueron nuestros grandes amigos; el recuerdo emocionado, también, de un hombre que esperó este momento, con ansia verdadera. Los primeros, estarían aquí, habrían de estar aquí, para dar el abrazo de recepción al nuevo y joven académico. El hombre que esperó y deseó este momento, está, está con esa presencia fiel que todos presentimos, casi sabemos.

Nos ha presentado, hoy, en fin, Juan Guirao, el sordo murmullo de unos sonidos apagados hace ya siglos. Sonidos como aprehendidos, adivinados, en el cuenco, retorcido de barroquismo tenaz, perenne, de una gran caracola que aplicáramos a nuestro oído. Nos ha despertado la Historia en aquella su propia y lejana voz. Los que, un tiempo —elijo, entre tantos, un solo sonido— oímos las campanas antiguas, hemos podido atender, de pronto, resucitadas, las voces metálicas, graves o alegres, de la «Santa Agueda» y «La Tercerica». Voz una de sencilla fiesta en la tarde, cuando las dos ingenuas y gráciles santitas, de dulce y desvaída policromía, —Lucía y Agueda—, salían al atrio del hoy destruido templo, a mostrar los signos taumatúrgicos de su remoto martirio. Cuando la luz se que-

braba en violetas, o se encendía en rojos intensos sobre el perfil de la ciudad. Voz otra de convocatoria en la hora soleada y ya casi vespéral de las tres de la tarde, cuando los viejos beneficiados de la colegial pasaban la férrea crugía, camino del coro, y los niños volvíamos a tomar nuestros arañados, dibujados, maltratados portalibros en camino hacia la escuela. Voces muertas de aquellas campanas cuyas lenguas, destruidas, sólo viven en el recuerdo de los que somos cada día, cada vez, menos. Gracias, Juan, por tu certera y nostálgica evocación. En nombre de esta ilustre Academia, un abrazo, buen amigo, al aceptar un puesto entre nosotros.